NEGRO Y AMARGO

POR

DR. SALVADOR ARANA-SOTO

El jugo es negro y amargo, como la suerte de los que con ágiles dedos recogen las diminutas manzanas rojas con que se adorna el verde cafeto allá por los meses fríos de octubre y noviembre. Es roja la uva, más roja que la sangre del pobre cogedor, porque la sangre del trabajador na de empobrecerse para que sea roja la sangre de la uva. Y es verde, de un verde sombrío, el árbol que alienta siempre su esperanza y no alivia nunca su necesidad. Verde y sombrío es el cafetal, como un bosque de algas en unas profundidades submarinas.

Amarga es la hoja, amarga es la uva y el jugo amargo y negro, como la existencia de los que viven atados al cafetal, cuidándole más que a sus hijos. Atado a él para toda la vida, como el forzado a sus cadenas, está el trabajador por unas cuantas monedas y unos tragos del amargo líquido que le sirve en lo posible de sustento. Agarrado a su barranca, el cafetal lo espera seguro de la victoria. Hierático recibe inmutable la vida que le ofrendan sus esclavos, vida de insectos, corta y ruín. Porque el hombre pasa para que el cafetal se quede, eternamente verde, eternamente insaciable.

Y el jugo amargo le da fuerzas para que pueda cumplir su destino. El jugo que calienta las entrañas vacías, que despeja los sentidos, que da brillo a los ojos y fortaleza a las piernas para trepar la barranca y bajarla bajo el peso de los cestos repletos. El jugo engañoso que estimula, como estimula el látigo a la pobre bestia cansada, a punto de desfallecer...

★

Se acerca la Navidad; se oirán pronto los villancicos anunciando el nacimiento de Jesús, el dulce Jesús, amigo de los pobres. Pero ¿qué puede importar eso cuando el café está maduro y es menester recogerlo? ¿Qué puede el buen Jesús contra la tiranía del cafetal? La monótona llovizna envuelve como un sudario el paisaje sombrío en estos días de niebla. Pero es el tiempo de la recolección; es menester adentrarse en la niebla tupida y el frío penetrante del cafetal para quitarle el fruto antes de que se pierda. «El frío y la humedad penetra-

rán en tus huesos, trabajador, y entumecerán tus carnes macilentas, y el cafetal te recibirá impávido y silencioso y, como un verde vampiro, absorberá otro poco de tus energías, así como oculto en la sombra espera agachado para absorber los rayos de sol que tímidos penetran a través de los resquicios de las guabas. ¿Por qué, si no, busca el cafeto la altura, cuando es enemigo de la luz?»

Manuela no podía expresar de este modo y con estas palabras los sentimientos que hervían en su pecho jadeante. Mas ella sabía todo esto; lo sabía con todo su cuerpo comido por la anemia, lo sentía en las entrañas martirizadas por los partos, le circulaba en la tierra líquida que andaba perezosa y tarda por sus venas. ¿Cómo no iba a saber ella de la injusticia del sino que la ataba a las raíces del cafetal, como otro poco más de tierra? No era elegante ni claro el lenguaje del soliloquio, pero era aguda la intuición y era total la clarividencia con que hoy veía su destino unido indisolublemente al de las hileras de los durables cafetos.

Los pies, doloridos por el largo caminar, se posaban inciertos sobre el lodo resbaladizo de la vereda que la acercaba al bohío. ¡Qué días largos, Dios mío, y qué tristes! Era un milagro cómo las piernas, casi insensibles, no cedían bajo el peso de su vientre abultado, pegado al cual seguía el cuerpo macilento, de descarnados ángulos. Sólo la pesadez de plomo de las piernas hinchadas la mantenían pegada a la vereda sin que rodara por las vertientes. Los brazos desnudos, descarnados como las ramas del café en tiempo de la seca, colgaban sin fuerza y se movían grotescos, siguiendo el ritmo de su andar. Del tosco saco que a modo de capucha le cubría la cabeza y bajaba derecho hasta la cintura parecía salir redondo el vientre, que empujaba el tronco hacia atrás, haciendo más penoso el descenso. Hoy había cogido tres almudes, pero ¡cómo le habían quitado las fuerzas, dejando débiles piernas y pulmones!

Un poco más, sólo un poco más, y el hogar tibio acogería su cuerpo cansado. No era ésta la primera vez que Manuela volvía, a última hora de la tarde, agotadas las fuerzas tras largas horas de subir y bajar por entre los cafetos, el canasto a la cintura, cansados los brazos de acercar las ramas con el garabato y las manos de levantarse tras los granos. No; desde niña venía haciéndolo dos meses por año, siempre por estos mismos meses de frío. Pero nunca como en este año se había sentido tan agotada. En otros la fiesta del acabe y, algo después, las navideñas eran la recompensa de las largas y monótonas jornadas. Mas este año no habría descanso ni alegría. ¿Alegría? Ni que pensarlo, con Regino en el hospital. ¿Descanso? Imposible, cuando para entonces habría nacido el que ahora abultaba y hacía pesado el vientre. Al de la Virgen

María lo anunciarían los villancicos; a éste lo anunciaba ya la respiración dificultosa. No, no tardaría mucho éste, que parecía que quería salírsele por la boca, como si no quisiese esperar que acabara la cogida. Ya quería irrumpir en la humedad del monte cuando Manuela no había reunido todavía con qué comprar el coy, el jabón, los zapatitos... Ni aun con qué pagar a la comadrona... ¿Por qué le había dado por venir en tiempos de la cosecha, cuando era necesario recoger el café para poder vivir el resto del año?

Ya faltaba poco para llegar a la casita. No la veía aún escondida entre unas matas de plátanos, más allá del palo de quenepas. Había llegado al roble, y, como tantas otras veces, apoyaba su tronco endeble contra el tronco enhiesto que se alzaba orgulloso en el último recodo de la vereda, junto al bohío de la vieja Engracia. ¿Dónde estaría la vieja? No había señales de vida en la casucha. No se había acercado ya, como otras veces, «Tigre», el perro flaco de ojos tristes. «Quizá esté allá abajo, echándoles un vistazo a los nenes», pensó Manuela. Se enderezó, azuzada la curiosidad, y salvó un poco más ligera el resto de la distancia.

Allá estaba, en efecto, siña Engracia, rodeada de los pequeños, sentada en el tronco que, tirado a un lado del batey, servía de asiento a las visitas. Y allí, «Tigre», olisqueando curioso aquí y allá. También él vino a saludar, menéando amistosamente el rabo, cuando siña Engracia, levantándose con dificultad de su asiento, se adelantó encorvada hacia Manuela. Sus pasos eran menudos y lentos; sus movimientos, desgarbados. Los miembros inferiores cargaban, vacilantes y rígidos, el torso informe, como de una sola pieza. Todo en ella era indefinido; lo que una vez tuviera definición había ido perdiéndola hasta convertirla, como si dijéramos, en un pedazo animado de la loma, tanto como «Tigre», más menudo y vivaz, o como el bohío en que siempre había albergado sus miserias, inmóvil éste, enclavado en la tierra. Tal era el color de sus carnes que no se distinguía ya del de sus mugrientas ropas o del de la descolorida cabellera que coronaba el grotesco conjunto.

—Buenas tardes, Manuela —saludó.

Esta no contestó en seguida. ¿Por qué no estaba Toña con los otros muchachos?, se preguntó con el pecho oprimido. No se habría atrevido a acercarse a «La Esperanza»...

—¡Toña, Toña! —gritó.

¿Dónde se habría metido esa muchacha?

—¡Toña, Toña! —volvió a gritar, pero más fuerte.

—Voy —se oyó la voz de la muchacha, que llegaba corriendo hasta

la piedra grande, situada en dirección de «La Esperanza», la pieza maldita.

—¿Qué has hecho, condenada? ¿Cómo te atreves ni aun a acercarte a ese sitio? ¿No se te ha dicho mil veces que no pases de la piedra grande? ¿No fué lo primero que nos encargó Regino cuando se lo llevaron para el hospital? ¡Métete para dentro, ligero!

Se dirigió entonces a siña Engracia, contestando su saludo:

—Buenas tardes, siña Engracia, y perdone. Es la primera vez que esa condenada no me hace caso. Ya no me atrevo a dejarla sola con los pequeños.

Volvióse la aludida, que había fijado la vista en dirección de «La Esperanza». Los ojos abiertos y fijos y el relajamiento de la boca decían que la acción de Toña despertaba en su cerebro las mismas asociaciones que en el de Manuela. Se dejó caer otra vez sobre el tronco del batey.

—¿Qué le pasa, siña Engracia? ¿Se siente mala?

—¡Ay, hija! Si yo llego antes, esto no pasa. Yo que venía a darte la noticia. Dicen que Lupe anda rondando por aquí desde hace tres noches. Pancho la vió con sus propios ojos. Los perros no se han cansado de aullar todas estas noches. Roque también sintió anoche un ruido extraño cerca de la casa; el perro aulló asustado; él se tiró machete en mano, registró los alrededores, pero no vió a nadie. La verdad, Lupe no se ha ido nunca del barrio. Se fué su cuerpo, si acaso...

—¡Virgen Santísima! —interrumpió Manuela—, y yo tan lejos, y los muchachos solos, y Regino en el hospital... ¿Pero usted cree de verdad que Lupe ande por ahí y que pueda hacer daño?

—¿No te he dicho —respondió la vieja— que la han visto por aquí y que desde entonces los perros no duermen tranquilos? Lupe no hace daño, la que está maldita es «La Esperanza». Tú sabes que desde que ella la maldijo nadie ha podido vivir tranquilo ahí. ¿Te acuerdas de Tomás, el de la hacienda «Los Pájaros», que se atrevió a mudarse a «La Esperanza» con su mujer, porque creía y no creía en difuntos? ¿Te acuerdas que a los pocos días la encontraron colgada de una guaba? Y al que vino después, no más hace un año, si no se va ligero se le muere la mujer, que bien grave la sacaron de su casa, ella que había llegado tan saludable, tan lozana, que vendía carnes. La pieza está maldita; Lupe no quiere mujeres en ella. Será porque una mujer fué la que le quitó su hombre y fué la causa de su muerte, cuando riñeron los dos maridos en la mismísima «Esperanza»...

—¡Jesús! —interrumpió otra vez Manuela persignándose—. ¿Por qué tanto odio a las otras mujeres?

—Yo no sé —respondió siña Engracia—; yo creo que Lupe viene detrás del espíritu de su marido. A mí no me extraña que se encuen-

tren los dos en el sitio de la muerte. Los espíritus que no se han purificado se aferran a las cosas materiales. Yo sólo te digo que yo, ni por los tesoros, me acerco a «La Esperanza». Yo no me meto con la voluntad de los difuntos; por mí se puede seguir perdiendo ese café. ¡Y cuidado que hay mucho este año!

—Sí —añadió Manuela—, dicen que no le cabe el café a los palos, que se caen las ramas con el peso. Desde la ventana yo las veo coloradas de tanto grano.

—«La Esperanza» está maldita —repitió siña Engracia—. Por eso tienen tanto café los palos, para que una vaya a cogerlo y le caiga la maldición. San Ciríaco, que arrancó hasta las batatas, no tumbó ni un grano de café en «La Esperanza». Como que en los cinco años que han pasado desde entonces es cuando más han parido esos palos. Ni el ciclón pudo con ella. Yo te digo que está maldita. Por algo nadie hasta ahora se ha atrevido a tocar un grano de café...

—¡Y tanta falta que a mí me está haciendo ese café! —exclamó Manuela, que se había quedado pensativa—. Este año más que nunca. Los otros años al menos Regino estaba en la casa y no estaba yo tan adelantada. Si no fuera por esta barriga y por esta fatiga que me quiere ahogar, y con Pedro dándome siempre los peores cortes, yo pagaba la tienda y me sobraba para los gastos del que va a venir. Todo el café que se ha perdido en «La Esperanza» no me duele. Pero este año me parte el alma ver las ramas llegando al suelo, cargadas de grano, como pidiendo a gritos que lo cojan. ¡Con los quince pesos que vale un quintal!...

—Si estás pensando en coger ese café, Manuela, estás desvariando —interrumpió siña Engracia—. Eso es mejor ni pensarlo.

—¡Jesús me ampare! —contestó aquélla.

El canto del gallo corta el silencio frío de la madrugada y repercute apremiante en el cuerpo de Manuela; son las cuatro de la mañana, hora de comenzar las faenas del día. Desperezándose, abre los ojos, que excita suavemente la tenue claridad del alba. Aparta la tolda que la cubre junto con Tato, Fela y Neca, los más pequeños, que duermen con ella en el petate. Se incorpora, alisándose con las manos los pliegues de la saya para cubrir las piernas, que sienten la mordedura del frío. Los tres niños también se encogen al contacto del aire frío, acurrucándose bajo la tosca manta. Echa un vistazo a los que duermen en la barbacoa. Baja a la cocina, en donde la claridad es mayor y el frío también. Prende la candela, cuela el café. Se toma el suyo de pie, y cuando

ha reunido el saco, el garabato y la canasta pone el cacharro sobre el fogón y se tira al batey, en dirección a los establecimientos. Los pies se cubren con la primera capa de lodo blando y frío. Hay que andarse con cuidado, piensa, que estará resbaloso el camino; una mala caída y entonces no tengo remedio. Trepa por la vereda. El movimiento, el frío del aire y la claridad, que es ya mayor, despiertan por completo sus sentidos, poniéndola de nuevo frente a su situación.

¡Virgen Santísima, ayúdame! ¿Cómo estará el pobre Regino? Ya es hora de levantarse Toña. La pobre, tan nena, y ya tiene sus obligaciones. El susto que me dió ayer... Que no deje acercarse a Tato al fogón.

Así monologaba la pobre, pensando en sus hijos. La vereda seguía trepando y Manuela empezaba a sentir en el pecho y en las piernas los primeros cansancios del día. Seguía diciéndose: Ya falta poco para mi tiempo. ¿Qué haré? La comay Genara es muy buena, pero apretada. Hay que tenerle los tres pesos para que me asista. Y hay que tener para las cositas del nene; ya el coy se está rajando de podrido; no aguanta más; mucho duró el pobre; en él durmieron los últimos tres. Cómo se le coge cariño a las cosas. ¡Virgen Santísima, ayúdame!

Así prosiguió la muda conversación hasta que llegó a los establecimientos. En la claridad difusa de la mañana húmeda se apareció el cuadro familiar: la casa grande de dos plantas, en los altos de la cual vivían los dueños; a la derecha, el espacioso glacis, que, frente a las casillas forradas de cinc, se extendía hasta llegar a la casa de máquinas, en donde se desgranaba y se lavaba el café. Había en el aire un olor a café prieto y a leche acabada de ordeñar. Los cogedores conversaban en voz baja, sentados en cuclillas en el glacis. Uno estaba acodado al mostrador de la tienda, al lado de las pesas. Eran en su mayoría mujeres de todas las edades, desde adolescentes hasta ya casi ancianas. Los hombres vestían camisa y pantalón, atado éste con hollejos por debajo de las rodillas y por encima de los tobillos; las mujeres, chambra y saya. Esperaban el reparto de los cortes.

En el almacén se oía la voz gruesa de Pedro dando órdenes. Su caballo esperaba atado a una de las agarraderas de la puerta abierta. Manuela se reunió a uno de los grupos y esperó.

A poco sonó el silbato. Era la hora de comenzar el trabajo. Se acercaron todos a la puerta. Desde ella iba Pedro repartiendo los cortes con voz fuerte y apremiante. Manuela esperaba su turno, pidiendo a Dios que no la mandara lejos, que la pieza no fuese muy riscosa y que abundara en ella el grano; que no le tocaran los palos pobres, de los que eran menester cientos para llenar un saco; que no tuviera que correr detrás de los granos que rodasen cuesta abajo, para luego vol-

verla a subir. Le dió un vuelco el corazón cuando oyó su nombre. Sólo quedaba ella.

—Manuela Sánchez, la pieza del cacao, empezando por el cacao grande.

Manuela levantó la vista asustada. Pedro aparecía sólido y fuerte en el hueco de la puerta. Su cuerpo descansaba firme sobre las piernas separadas, cubiertas de gruesas botas altas. Asido con las manos al marco de la puerta él esperaba, mirándola tranquilamente desde lo alto. Sus facciones también eran fuertes; la quijada, grande; la nariz, ancha, de ventanas dilatadas; la frente, estrecha; los ojos, verdosos. El caballo lanzó un resoplido alargando la cabeza hacia abajo, sacudiendo las bridas con un ruido metálico.

—Pero, Pedro, la pieza del cacao casi no tiene café, y es muy riscosa. Tú sabes cómo yo estoy.. ¿Quieres que deje el alma para coger un almud?...

—Todas dicen lo mismo —cortó Pedro, mientras descolgaba las bridas del caballo—. Además, ya están repartidos todos los cortes. Y no me dejes el grano en el suelo.

Y así diciendo montó pesadamente sobre el caballo, tiró de las bridas y lo puso de frente a Manuela, que no se había movido. Y a tiempo que picaba espuelas, poniendo el caballo al trote, añadió:

—¡Que cojas mucho!

No hay remedio a mi situación, se dijo Manuela. Pedro no me perdonará nunca que no me fuera con él. Acabará con Regino y conmigo. Y echó a caminar, como se le había ordenado, obedeciendo mecánicamente, por costumbre. Ya había salido el sol cuando llegó a la pieza y empezó la faena. Los palos eran pobres y altos; sólo granos dispersos ofrecían las ramas a la mano torpe, que recorría varias para reunir un puñado. Y a cada movimiento los dedos, embotados por el frío, dejaban escapar parte de los granos, que Manuela veía desolada rodar jalda abajo. Corría tras de ellos y, doblándose con dificultad, los recogía. Los brazos se cansaban de tirar de las ramas más altas, atrayéndolas hacia sí con el garabato, en posición incómoda, y como le era difícil inclinarse hacia adelante para quitar los granos con la otra mano, a menudo se le escapaba la rama con la agilidad de un látigo, escurriéndose bajo el ángulo de la horqueta y quedando monda de hojas y granos, que la pobre cogedora veía impotente desparramarse por el suelo.

Manuela recordaba sus años de moza cerrera, de elásticos músculos, cuando trepaba por los riscos con la agilidad de una cabra y cuando, al contacto del fresco grano y la caricia de la hoja verde, un dulce frescor se difundía por todo su cuerpo. Mas hoy nada acertaba a calentar sus

miembros ateridos y el contacto de los granos era doloroso y quemaba los dedos, como si las rojas uvas fueran carbones encendidos.

Así pasó la mañana, y llegó el hombre del almuerzo con su lata de vianda. Era Juan, su primo. Tomó de ella su ración de ñames y otras viandas, su pedazo de bacalao cocido y su trago de café, ya fríos.

—Manuela—dijo Juan con prisa, porque no había terminado aún de repartir el almuerzo—, yo que tú no subía estas jaldas para coger esta miseria, teniendo al lado de tu casa los palos tan cargados que se quieren romper. ¿Por qué no coges ese café, si está en lo de Regino y tiene derecho a cogerlo? ¿Por miedo a esa historia que cuentan? Si fuera mío ya lo habría cogido. ¿Crees tú que andaría yo cargando esta lata de monte en monte por miedo a unos muertos?

Manuela no contestó. Un pedazo de vianda en una mano, uno de bacalao en la otra, y la boca llena de ambos, comiendo con voracidad, no estaba para hablar, ni para que las ideas penetraran con facilidad en su cerebro. Mas, aunque lenta y confusamente, las palabras de Juan fueron prendiendo en él; entonces su mirada se perdió en la lejanía y vió sacos desbordando de café y vió zapatitos de recién nacido y pañales, imperdibles brillantes alineados en primorosos paquetitos y jabón y talco...

Y llegaron las dos, que era la hora de la medida. Manuela recogió canasto y garabato y empezó a caminar hacia los establecimientos; su saco lo llevarían junto con otros las mulas. Poco trabajo les dará cargar lo mío, pensó; si acaso medio saco...

Ya en los establecimientos se fué directamente a la casa de máquinas. Ya estaban allí los otros cogedores. Algunos esperaban afuera con sus sacos a que hubiera espacio arriba. Adentro llenaban los sacos el limitado espacio, ordenados en hileras, cada uno marcado con un nudo, una hoja u otra seña, para evitar cuestiones. Cada cogedor conocía el suyo.

«A medir... acérquese cada uno», ordenó Pedro; a su lado la lata vacía de petróleo que servía de almud. Un peón iba tomando cada saco y vaciándolo en la lata, y luego vaciaba ésta en el cajón grande que estaba al lado del embudo. El peón iba diciendo las medidas y Pedro iba tomando nota de ellas en su libreta.

«Juan Pérez... nueve almudes y cuartilla; María Pello Vélez... ocho almudes; Juan Roque... ocho almudes...» Primero se oían los nombres de los guapos, luego los de las mujeres bonitas y, por último, los de las feas y las viejas. «Manuela Sánchez... almud y medio.» Veintidós centavos, pensó ella, al recibirlos en fichas. Salió en dirección de la tienda.

«Veintidós centavos», sigue repitiéndose Manuela por el camino.

Sube y baja la vereda y se retuerce entre las matas; se esconde aquí, en un recodo, entre altos robles, para aparecer más allá sobre la loma, a flor de tierra a veces y a veces hundida en ella, pero siempre blanda y resbaladiza, aprisionando los pies descalzos, cuando no se endurece en rocas que hieren con sus aristas o se hace líquida en las quebradas. Veintidós centavos. Otro día que pasa, otro día que se escapa para siempre sin aliviar en nada la miseria, otra jornada de frío y el pecho cada vez más agitado y las piernas cada vez más hinchadas. Esto no puede seguir; unos días más y no podré tenerme en pie. Y entonces ¿qué haré? Parecía a Manuela que no llegaría hoy nunca a su casa. El trabajo del día la ha agotado físicamente y, justo con la persecución de Pedro, ha hecho mella en la fortaleza de su alma.

La madurada grande toca a su última semana y no le ha aliviado la situación. Pasará la madurada y se quedará siempre Pedro para hacerle agria la vida. En «La Esperanza», en cambio, hay café de sobra: en un día podía coger más que en una semana allá arriba y, en dos, lo necesario para hacer frente a su situación y librarse de Pedro por todo el resto de este año. ¿No tendría razón Juan y no estaría dejando pasar la última, la única oportunidad que le deparaba la suerte?

Ya distinguía Manuela allá bajo los contornos de la casita. Sí, tenía que tomar una resolución. ¿Valía la pena trabajar todo un día y quemarse las manos con el pelo blanco de la plumilla que escuece como una brasa? Y la mordida del verraco y la picada del albayalde, la hormiguilla roja que se mete bajo la ropa y que es peor que el verraco, sin contar con la de la avispa y la ortiga, ¿valía la pena soportarlas para ganarse veintidós centavos?

Esta vez Manuela no se recostó contra el tronco del roble ni esperó las buenas tardes de siña Engracia. Siguió de largo, absorta en sus pensamientos. Veía ya, o creía ver, las ramas rojas de grano de «La Esperanza» tan cerca de su casa. Se sentía capitular.

Y esa noche Manuela durmió un sueño agitado y ligero, como si esperara con impaciencia la mañana: se había dormido diciendo, «Perdóname, Virgencita..., sólo un quintal, que se coge en un santiamén, y son quince pesos..., quince pesos..., ropa para el que viene..., medicinas para Regino..., quince pesos...». La decisión se había hecho en ella, se había impuesto. Se cumpliría el destino.

A la mañana siguiente se levantó Manuela con presteza. Le dominaba una extraña agitación, mientras preparaba el jugo negro que hoy, más que nunca, pedía ansioso su cuerpo cansado, después de la mala noche, como sedativo a la inquietud. Se presentaban a sus ojos con nueva vida las cosas familiares que de tanto verlas hacía tiempo que

no veía: el techo de paja, la tenue claridad que se iba filtrando, como madejas de plata, por entre las tablas mal unidas, los horcones, vigas, virotes y madrinas ennegrecidos por el tiempo. Y recordaba a Regino uncido como un buey a los troncos, subiéndolos a la loma, después de cortarlos en los montes, para construir el nido de sus amores, cuando la vida parecía sonreír a la joven pareja.

Como en la mañana anterior, recogió el saco, el canasto y el garabato, envolvió por última vez con la mirada amorosa a sus hijos y salió decidida. Mas no tomó vereda arriba, como de costumbre; se dirigió resuelta hacia la piedra grande por el caminito de «La Esperanza». A unos pasos, debió asaltarla otra vez la duda, porque volvió la cabeza y contempló amorosamente la casita. Pero venció su voluntad, y con los ojos llenos de lágrimas y el alma llena de congoja, como quien se despide para siempre de las cosas queridas, prosiguió el camino.

En los establecimientos se inició el trabajo como de costumbre. Varias personas notaron la ausencia de Manuela y Pedro más que nadie, pero ocultó sus pensamientos. Vendrá más tarde, pensó. Juan, también preocupado, no tenía por qué ocultarlo. Preguntó aquí y allá por Manuela a las cogedoras que vivían más cerca de ella. Nadie la había visto.

Y pasó la mañana. Repartido el almuerzo, Juan, recordando el consejo que diera a Manuela el día anterior, movido de curiosidad al par que preocupado, prosiguió las averiguaciones, pero sin éxito. Manuela no estaba en su casa. Por el camino de la Hacienda nadie la había visto pasar. Siña Engracia tampoco. Volvió Juan a la Hacienda, a donde llegó a la hora de la medida. Por entre sacos y cogedores, se dirigió a Pedro, en cuyo rostro, como en el de los otros circunstantes, apareció una muda interrogación. «Pedro», le dijo Juan, «Manuela ha desaparecido; ya usted sabe que no vino hoy a la cogida. Me di una vuelta por allá abajo. Nadie la ha visto en todo el día. Ni la misma siña Engracia». «Iremos allá, cuando se termine la medida», respondió lacónicamente el mayordomo. Y una hora más tarde, Pedro, Juan, Roque y algunos otros amigos estaban ya con siña Engracia en la casita de Manuela.

No eran todavía las cuatro de la tarde; la niebla oscurecía el paisaje. El grupo de hombres se movía indeciso junto a la casita de Manuela; se cruzaban sin fin las preguntas, desordenadamente. Los niños rodeaban al grupo, espectadores callados de un drama que a los sentidos embotados por la miseria y la monotonía llegaba con ecos apagados y distantes. Los hombres vacilaban. Juan temía decir lo que pensaba.

Un grito de la vieja Engracia puso más vida y acción en el cuadro. «¡Ya sé, ya sé!» Y se volvió hacia el caminito que conducía a «La Esperanza» con ademán de seguirlo. «Espérese, siña Engracia», le gritaron los demás. «¿Qué es lo que usted dice? ¿Quiere usted decir que Manuela está en «La Esperanza?» «Sí», respondió ella. «Allí está; allí tiene que estar; no hace dos días estaba pensando en coger el café de «La Esperanza». No tenía ya fuerzas para subir a los establecimientos. ¡La pobre! Está en «La Esperanza». ¡Yo se lo digo!»

Sin más explicaciones, tomó el grupo el camino de la pieza maldita, en tanto que siña Engracia repetía de mil modos su historia.

Se sumieron en el cafetal. La vereda lo penetraba sin transición, desapareciendo en él. El grupo traspuso el umbral formado por las primeras ramas, casi pegadas al suelo, y se encontró ya bajo la bóveda encubridora de las guabas, en el silencio oscuro y pesado, como el de un templo abandonado, herido tan sólo por el ruido de los pies en la alfombra tupida de la hojarasca y por el de las ramas cargadas de grano que se oponían al paso de los cuerpos.

Si Manuela sólo había querido llenar unos sacos del precioso grano, no podía estar muy lejos; mas la oscuridad apenas permitía distinguir los contornos de los troncos de cafetos y guabas y los hombres caminaban lentamente, sin dirección fija, y, sobrecogidos y silenciosos, escudriñaban cada sombra, cada hueco...

Subieron y bajaron por el cafetal en todas direcciones, al azar; dieron vueltas, que les parecieron sin fin, encorvados los brazos separando las ramas. De las gruesas ramas horizontales, más de una vez creyeron ver un cuerpo colgando y, al tropezar con algún tronco podrido, retrocedieron asustados, temiendo haber llegado al fin de la búsqueda. Se perdieron en el sombrío cafetal.

Ya cansados, sintieron la necesidad de tomar alguna resolución, de proceder con más orden y, sobre todo, de romper el silencio que empezaba a ahogarlos. Se detuvieron, como de tácito acuerdo, en un espacio menos denso, más limpio, entre altos cafetos. Iba a hablar Pedro cuando se hizo la luz en el bosque. Rota en mil partes por los haces de luz que caían en manchas claras sobre la tierra húmeda, la bóveda de las guabas apareció como un cielo verde. De la oscuridad surgió otra vez el cafetal, con todos sus detalles. Brillaron apagadamente en las ramas las rojas uvas. En unos segundos todo había cambiado ante los ojos de los circunstantes.

Los de Pedro quedaron fijos y las palabras que iba a pronunciar murieron en sus labios al nacer. Los demás siguieron la dirección de su mirada y a poco también tomaron sentido en su cerebro, organizándose los detalles del cuadro que aparecía ante ellos.

Vieron el cuerpo sin vida tirado grotescamente sobre la hojarasca, confundiéndose con ella. No se la habría advertido sin la prominencia del vientre, porque las ropas eran del color indefinido de la tierra. Apenas se distinguía tampoco el rostro entre el pelo desteñido y las ramas podridas. Más allá, una mano se agarraba rígida al saco repleto como a una última esperanza. La otra mano se perdía entre los muslos, como tratando de ocultar lo que la breve saya dejara al descubierto. Vieron los muslos separados y los pies descarnados más separados aún. Mas ¿qué era aquella mancha negruzca que se extendía entre ellos y, siguiendo el ligero declive del terreno, pasaba a este lado del cuerpo?

Acercáronse los hombres respetuosamente, sombrero en mano. Sí, era Manuela desangrada, cuya mano no había podido detener la hemorragia ni recoger amorosamente el fruto de la vida, que ahora aparecía diminuto, agarrado todavía a la entraña abierta, en medio de la sangre pobre que ya iban chupándose las raíces del cafetal.

Un sordo ruido rompió de súbito el silencio; se había volcado el saco y se había desparramado el contenido como el de un cuerno de la abundancia. En suave cascada corrieron las manzanitas rojas, envolviendo las desnudeces de Manuela. Asustados, los rayos de sol temblaron de miedo sobre las rojas uvas y huyeron presurosos por los resquicios de las guabas. Reinó otra vez la oscuridad. Y el cafetal se echó a dormir indiferente.

Salvador Arana-Soto
Tapia, 315
Santurce (Puerto Rico).